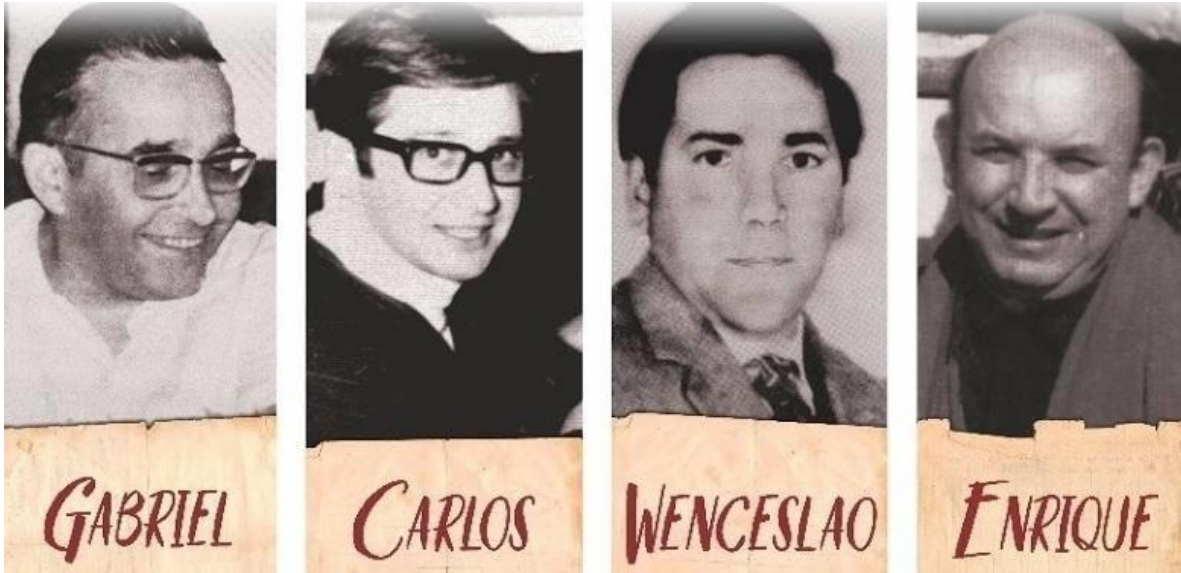


# Lo imposible solo tarda un poco más



Por Alba Pereyra

Buenos Aires, 28 de abril de 2019

En el día de ayer, 27 de abril, nuestra provincia de La Rioja vivió la utopía de ver a sus cuatro mártires de la Iglesia en el status de Beatos.

¿Qué significa este decreto papal firmado por Francisco I el año pasado? Solo podemos responder desde los ojos del pueblo que esperó más de 40 años este acto de Justicia, a la vez que de reconocimiento del crimen que perpetró la dictadura en julio y agosto de 1976 contra las vidas del laico Wenceslao Pedernera, los sacerdotes Carlos de Dios Murias y Gabriel Longueville y el Obispo Monseñor Enrique Angelelli.

Wenceslao era campesino, dirigente del movimiento rural de La Rioja y referente en el Noroeste del país de la lucha contra el latifundio, por la tierra y por el agua. En Sañogasta, el pueblito donde él vivía con su familia y donde desarrollaba su actividad como trabajador y militante, lxs pobladorxs sufrieron hasta no hace mucho, la falta del acceso a un derecho fundamental como es el agua. Lxs vecinxs de ese y otros pueblos necesitaban pedir a los dueños de los terrenos donde corre el río, turnos para poder tener el agua suficiente para consumo y para riego. Lxs dueñxs de las tierras incluyen los ríos y arroyos que crecen con los deshielos del Famatina pues en la provincia, sobre todo entonces, no llovía mucho. El establecimiento de la norma viene del tiempo de la fundación de La Rioja. Ramirez de Velasco y sus hombres repartieron las tierras más fértiles con los canales adentro, a familias criollas que traían en sus expediciones. Ellas pasaron a ser la oligarquía. Sus intereses fueron

intocables, su poder incuestionable y su relación con las fuerzas armadas les dio seguridad a tal punto de ordenarles perseguir, reprimir y asesinar a sus opositores.

Los sacerdotes cumplían su pastoral en la ciudad de Chamental, a 200 km de la Capital. Carlos, más joven y Gabriel con experiencia, adhirieron y actuaron de acuerdo con los mandatos de la iglesia de Angelelli, principalmente basados en el Concilio Vaticano II y los documentos de Puebla. En ellos había un claro principio de defensa de lxs oprimidxs y lxs explotadxs. Justamente el tipo de personas que ellxs se encontraron en Chamental, donde buena parte de la población -la que no trabajaba en el ámbito de la administración pública o en el magisterio- trabajaba en zonas rurales. Chamental tiene una particularidad, la presencia de la base aérea, que fue centro de detención y tortura en los años del terrorismo de Estado. Enrique Angelelli había llegado a La Rioja a fines de los años 60. Concretamente en 1968, año de las utopías, de gran ebullición de la juventud que cuestionaba el poder y los mandatos sociales.

Venía de acompañar el proceso de la Juventud Obrera Católica en Córdoba, su lugar de nacimiento. De ahí su empeño en la organización de todos los sectores de la sociedad para transformarla. Por eso, cuando llegó a la provincia, una de las más empobrecidas del país, comenzó a visitar a distintos grupos para conocer sus problemáticas: trabajadorxs, estudiantes, intelectuales, sindicalistas, la gente de los asentamientos y barrios o poblados más humildes urbanos y rurales, mineros, maestrxs, dirigentes, periodistas, personalidades de la cultura...mujeres. Habló con todxs y cada unx. Una de sus preguntas tenía que ver con su interés en conocer qué cosas podían hacer para mejorar las condiciones de vida, para construir una sociedad justa. Al poder de la oligarquía provincial le molestó desde el comienzo, desde que empezó a escuchar la voz del pueblo riojano. Sus homilías se escuchaban por radio en toda la provincia. El diario El Independiente, cooperativa (la primera cooperativa gráfica del país) las publicaba en papel.

Además de su carisma puso en juego todo su estatus de obispo. Convocó a cuanta gente pudiera dar una mano para formar y capacitar a esos grupos. Les argumentó sobre la necesidad de agremiarse, organizarse, como única forma para poder transformar las condiciones indignas que tenían. Y cada vez que descubría una nueva injusticia, la denunciaba públicamente. Y así se ganó muchos enemigos que comenzaron a difamarlo en el diario El Sol, órgano de prensa de Tradición, Familia y Propiedad, grupo conservador de la clase dominante. Lo llamaron comunista, apátrida, liberto, guerrillero, subversivo, según se iba inflando el diccionario del fascismo en la construcción de la doctrina del enemigo interno (Escuela de las Américas-Escuela Francesa).

El Obispo siempre hablaba desde su fe, no les iba a dar pasto a las fieras. De ahí la conocida frase Con un oído en el Pueblo y otro en el Evangelio.

Acompañó la conformación de la cooperativa de trabajadores rurales contra el latifundio, CODETRAL. Esta se creó para reclamar unas tierras en el municipio de Aminga, en la costa riojana, pertenecientes a un señor de nombre Azzalini, que hacía muchos años tenía el latifundio improductivo, pues él vivía en Buenos Aires. La consigna de CODETRAL a la que adhería el Obispo fue La tierra para el que la trabaja. Y más de una vez se presentó en el pueblo y fue golpeado, insultado y hasta secuestrado junto a otros curas por los que se autonombraban dueños del lugar. Algunos de ellos familiares del gobernador (luego presidente) Menem.

CODETRAL fue un hito en la historia de La Rioja por muchos motivos, uno de ellos es que en el germen y desarrollo de su movimiento estuvo siempre presente Angelelli.

El asesinato de Wenceslao y de los dos curas fue el comienzo de un círculo que terminó con su crimen el 4 de agosto, cuando volvía de rezar la misa por Carlos y Gabriel.

Los militares quisieron que pasara como accidente, pero todo el mundo supo que lo habían matado. Porque el mismo ya lo venía diciendo e insinuando. Muchxs de sus amigxs y colaboradorxs, tanto de la curia como otrxs, estaban ya presxs o habían salido de la provincia y hasta del país. La jerarquía de la iglesia argentina no escuchó sus pedidos de ayuda ni las denuncias que hizo. Cuando lo mataron, el llevaba una carpeta donde iba apuntando los nombres de los asesinxs.

Los días previos a la beatificación en La Rioja hubo numerosas actividades para hacer Memoria de los cuatro. En cada una de las carpas con sus nombres, colocadas en la Plaza 25 de Mayo se realizaron conversatorios, paneles, proyecciones, talleres, presentaciones de testimonios y de libros vinculando esas historias interpelando nuestro presente. Informando a lxs más jóvenes, a quienes no conocieron lo sucedido con estos mártires, pero tampoco vivieron la etapa del terrorismo de Estado. Y para que quienes estuvieron y participaron en aquellas experiencias puedan compartirlas.

Mención especialmente justa debe llevar el conversatorio sobre el Movimiento Campesino y rural, CODETRAL y lxs maestrxs rurales.

Para la Iglesia católica reconocer el crimen es reconocer la complicidad de sus propios dirigentes, que nada hicieron al respecto.

Hablar de martirio es aceptar que fueron sometidos a padecimientos extremos (hasta la muerte) por defender su fe.

Para el pueblo riojano que conoció al Obispo y a sus compañeros, es un acto de justicia porque deja a las claras que fue asesinato y pone en evidencia como sucedió en el Juicio por esos delitos de lesa humanidad, quienes fueron los responsables ideológicos y materiales a quienes la justicia condenó a cadenas perpetuas (2017).

Para sus enemigos será, de ahora en más, el estigma que deberán soportar, la espina clavada en su conciencia, las piedras sobre sus espaldas. Cada vez que pisen un templo deberán mirar a sus víctimas convertidos en beatos y prontamente en santos.

Todo el acto de beatificación significa que, de ahora en más, en la figura de estos, hay 30.000 mártires. Porque sí fue la fe la que en todos los casos incitó a miles de jóvenes a perseguir sus sueños de una sociedad más justa, sin desigualdades, con real acceso a los derechos. Fe en Dios y en lxs seres humanxs organizadxs luchando por la Justicia y la Dignidad.